

### CAPÍTULO III.

#### LA CABEZA DE LA FAMILIA DE TAVERNEY.

Mientras que estas cosas pasaban en la calle Nueva de San Gil, Taverney padre se estaba paseando en su jardín, seguido de dos lacayos que hacían rodar una poltrona.

En aquella época había en Versalles, y tal vez hay hoy algunos de esos viejos hoteles con jardines franceses, que por una imitación servil de los gustos y las ideas del amo, recordaban en pequeño el Versalles de Le Notre y de Mansard.

Muchos cortesanos, cuyo modelo ha debido ser M. de La Feuillade, se habían mandado construir en pequeño un invernáculo subterráneo para naranjos, un estanque de los Suizos y baños de Apolo.

Había también allí el patio de honor y los Trianones, todo ello en una escala de cinco céntimos: cada estanque estaba representado por un cubo de agua.

M. de Taverney había hecho otro tanto desde que S. M. Luis XV había adoptado los Trianones. La casa de Versa-

les había tenido sus Trianones, con planteles y parterres. Desde que S. M. Luis XV había tenido sus talleres de cerrajería y sus tornos, M. de Taverney tenía su fragua y sus virutas. Desde que María Antonieta había mandado formar jardines ingleses, riachuelos artificiales, praderas y casitas rústicas, M. de Taverney había hecho en un rincón de su jardín un pequeño Trianón para muñecas y riachuelos para anadoncillos.

Sin embargo, en el momento en que le presentamos paseándose, tomaba el sol en la única calle de árboles del gran siglo que le quedaba; calle de tilos con largas hebras rojas, como el alambre candente. Se paseaba á pasitos, con las manos medidas en el manguito, y á cada cinco minutos se acercaba la poltrona tirada por los lacayos para ofrecerle el reposo después del ejercicio.

Estaba saboreando este reposo y mirando al sol, cuando acudió de la casa un portero gritando:

— ¡El señor caballero!

— ¡Mi hijo! dijo el viejo con orgullosa alegría.

Luego, volviéndose y percibiendo á Felipe que seguía al portero, añadió:

— ¡Mi querido caballero!

Y con la mano despidió al lacayo.

— Ven, Felipe, prosiguió el barón; llegas á tiempo, pues tengo el alma llena de ideas alegres. ¡Eh, qué cara traes! ¡Tú te pones de hocico!

— ¿Yo, señor? no.

— Tú sabes ya el resultado del negocio.

— ¿De qué negocio?

El viejo se volvió como para ver si le escuchaban.

Charny vaciló sobre sus pies, y Felipe corrió á sostenerle, pero el conde le rechazó con la mano, diciendo:

— ¡ Gracias ! Espero ir por mí mismo hasta el coche.

— Á lo menos tomad este pañuelo para estancar la sangre.

— Con mucho gusto.

Y tomó el pañuelo.

— Y mi brazo, caballero, porque vacilante como estáis, caeréis al primer obstáculo que encontréis, y vuestra caída os causará un mal inútil.

— La espada no ha atravesado más que la carne, y no siento nada en el pecho, dijo Charny.

— Tanto mejor, caballero.

— Y espero hallarme curado muy pronto.

— Tanto mejor también, caballero ; pero si ansiáis esa cura para volver á este combate, os prevengó que difícilmente hallaréis en mí un adversario.

Charny trató de responder, pero las palabras se apagaron en sus labios ; tambaleó, y Felipe sólo tuvo tiempo para recibirlo en sus brazos.

Entonces lo levantó cual si levantase á un niño, y lo llevó medio desmayado hasta su coche.

Verdad es que Delfín, habiendo visto por entre los árboles lo que pasaba, abrevió el camino yendo al encuentro de su amo.

Depositaron en el coche á Charny, y éste dió gracias á Felipe con la cabeza.

— Id al paso, cochero... dijo Felipe.

— Pero vos, caballero, murmuró el herido.

— ¡ Oh ! no os inquietéis de mí.

Y saludando á su vez, cerró la portezuela.

tancias delicadas, pues solo se defienden enérgicamente los que saben que los aman, y que defendiéndose hacen un servicio al amigo que los acusa.

— Pero, ¿ á qué viene el dar explicaciones á mi padre ? pensó Felipe. Además quiero saberlo todo.

Y bajó la cabeza como un culpable que confiesa su delito.

— Ya ves que has sido reconocido, repuso el viejo con aire de triunfo ; estaba seguro de ello. En efecto, M. de Richelieu, que te ama mucho y que estaba en ese baile á pesar de sus ochenta y cuatro años, ha tratado de averiguar quién podía ser el dominó azul á quien daba el brazo la reina, y no ha hallado más que á tí en quien pudiese sospechar ; porque ha visto á todos los otros, y tú sabes si el mariscal es práctico en la materia.

— Concibo que se haya sospechado en mí, dijo Felipe con frialdad ; pero lo más extraordinario es que hayan reconocido á la reina.

— Añadiendo que era difícil reconocerla, porque estaba enmascarada. ¡ Oh ! ya ves, eso sale de todos los límites imaginables... ¡ Semejante audacia !... Preciso es que esa mujer esté loca por tí.

Felipe se ruborizó : le era imposible ir más lejos sosteniendo la conversación.

— Si no es audacia, prosiguió Taverney, no puede menos de ser una casualidad muy desagradable. ¡ Anda con cuidado, caballero ! porque hay celosos, y celosos temibles. El puesto de favorito de una reina, cuando la reina es el verdadero rey, es un puesto muy envidiado.

Y Taverney padre sorbió con mucha cachaza un polvo de rapé.

— Tú me perdonarás mi moral, ¿ no es verdad, caballero ? Perdónamela, querido mío. Te estoy muy agradeci-

do, y quisiera impedir que el soplo de la casualidad, puesto que casualidad hay, viniese á demoler los andamios que con tanta habilidad has levantado.

Felipe se levantó bañado de sudor y con los puños crispados, y se disponía á partir para romper el discurso con la alegría con que se rompen las vértebras de una serpiente; pero le detuvo un sentimiento de dolorosa curiosidad, uno de esos deseos furiosos de saber el mal, aguijón implacable que trabaja los corazones henchidos de amor.

— Te decía, pues, que nos tienen envidia, repuso el viejo; y eso es muy natural. Sin embargo, aun no hemos llegado á la cumbre adonde nos haces subir. A ti la gloria de haber hecho brotar el nombre de Taverney de su humilde origen. Solo que debes ser prudente, porque si no no llegaremos, y tus designios abortarán en el camino, lo que sería lástima, en verdad, porque vamos viento en popa.

Felipe se volvió para ocultar la gran repugnancia, el desprecio sangriento que en ese momento daban á sus facciones una expresión de que el viejo se habría admirado, ó tal vez espantado.

— Dentro de algún tiempo pedirás un gran cargo, dijo el viejo animándose. Me alcanzarás una tenencia de rey en alguna parte, no demasiado lejos de París; en seguida harás que concedan la dignidad de par á Taverney-Casa-Roja; harás que me incluyan en la primera promoción de la orden. Tú podrás ser duque, par y teniente general. En dos años, yo viviré aun, me harás dar...

— ¡Basta, basta! exclamó Felipe con sorda voz.

— ¡Oh! si tú te das por satisfecho, yo no lo estoy. Tú tienes toda una vida, pero á mí apenas me quedan algunos meses, y es preciso que estos meses me indemnicen de la

tristeza y medianía de mi pasado. Por lo demás, no tengo de qué quejarme. Dios me ha dado dos hijos, lo que es mucho para un hombre sin fortuna, pero si mi hija ha sido inútil para nuestra casa, tú la reparas, tú eres el arquitecto del Templo. Yo veo en ti el gran Taverney, el héroe; tú me inspiras respeto, y eso, ya sabes, es alguna cosa. Verdad es que tu conducta con la corte es admirable. ¡Oh! todavía no he visto nada más diestro.

— ¿Cómo? preguntó el joven inquieto de verse aprobado por aquella serpiente.

— Tu línea de conducta es soberbia. Tú no te muestras celoso; dejas en apariencia el campo libre á todo el mundo, y te mantienes en realidad. Eso es fuerte, pero es observación.

— No comprendo nada, dijo Felipe cada vez más picado.

— Dejémonos de modestia; ya ves, es al pie de la letra la conducta de M. Potemkin, que ha pasmado al mundo con su fortuna. Ha visto que á Catalina le gustaba la vanidad de sus amores; que si la dejaban libre, andaría revoloteando de flor en flor, volviendo á la más fecunda y más hermosa; que si la perseguían, volaría fuera de todo alcance, y ha tomado su partido. Él fué quien hizo más gratos á la emperatriz los nuevos favoritos á quienes ella distinguía; él quien, realzándola por un lado, reservaba hábilmente su lado vulnerable; él quien fatigaba á la soberana con los caprichos pasajeros, en lugar de hastiarla con sus propios placeres. Potemkin, preparando el reinado efímero de aquellos favoritos á quienes se llama irónicamente los doce Césares, hacía su propio reinado eterno é indestructible.

— He ahí unas infamias incomprensibles, murmuraba el pobre Felipe mirando con asombro á su padre.

El viejo prosiguió imperturbablemente.

— Según el sistema de Potemkin, no dejarías por eso de cometer una ligera falta. El no abandonaba demasiado la vigilancia, y tú la relajás. Bien se que la política francesa no es la política rusa.

Á estas palabras, pronunciadas con una afectación de astucia capaz de desconcertar las más rudas cabezas diplomáticas, Felipe, creyendo á su padre delirante, sólo respondió con un respetuoso encogimiento de hombros.

— ¡Sí sí! interrumpió el viejo. ¡Tú crees que yo no te he adivinado! Vas á ver.

— Veamos, señor.

Taverney se cruzó los brazos y dijo:

— ¿Me querrás decir que tú no estás criando á tu sucesor á la mano?

— ¿Á mi sucesor? repitió Felipe palideciendo.

— ¿Me querrás decir que no sabes toda la firmeza que hay en las ideas amorosas de la reina, cuando ella está poseída, y que, en la previsión de un cambio de su parte, no quieres ser completamente sacrificado, despojado, que es lo que sucede siempre con la reina, porque ella no puede amar el presente y sufrir el pasado?

— Estáis hablando hebreo, señor barón.

El viejo se echó á reír con esa risa estridente y fúnebre que hacía estremecer á Felipe, como la evocación de un mal genio.

— ¿Me querrás hacer creer que tu táctica no consiste en tratar con consideración á M. de Charny?

— ¿Á Charny?

— Sí, á tu futuro sucesor; al hombre que, cuando él reine, puede hacer que te destierren, como tú puedes hacer desterrar á de Coigny, de Vaudrenil y otros.

Felipe sintió agolpársele violentamente la sangre á las sienas.

— ¡Basta! exclamó. ¡Basta! os repito. Me avergüenzo de haber escuchado tanto tiempo. Aquél que dice que la reina de Francia es una Mesalina, es un criminal calumniador.

— ¡Bien, muy bien! exclamó el viejo. Tú tienes razón; es tu papel; pero te aseguro que nadie puede escucharnos.

— ¡Oh!

— Y en cuanto á Charny, estás viendo que te he penetrado. Por hábil que sea tu plan, ya ves, está en la sangre de los Taverney el adivinar. Prosigue, Felipe, prosigue; lisonjea, endulza y consueta á Charny, ayúdale á pasar dulcemente y sin acritud del estado de yerba al de flor, y está seguro que es un noble que más tarde, cuando se halle en favor, te pagará lo que tu hayas hecho en su obsequio.

Y dichas estas palabras, M. de Taverney muy envanecido de haber mostrado su perspicacia, dió un saltito caprichoso que recordaba el joven, y el joven insolente con la prosperidad.

Felipe le cogió por la manga y le detuvo furioso.

— ¡Conque es así! dijo. Pues bien, señor; vuestra lógica es admirable.

— He adivinado, ¿no es verdad? ¿y me reconvienes por eso? ¡Bah! ya me perdonarás en obsequio de la atención. Por otra parte, yo amo á Charny, y estoy muy contento de que obres de ese modo con él.

— Vuestro señor de Charny es tanto á estas horas mi favorito, mi queridito, mi pajarito criado á la mano, que en efecto le he metido un palmo de esta hoja en las costillas.

Y Felipe mostró la espada á su padre.

— ¡Hum! hizo Taverney espantado á la vista de aquellos ojos centelleantes, y al oír esta belicosa salida. ¿No dices que te has batido con M. de Charny?

— ¡Y que le he ensartado! Sí.

— ¡Gran Dios!

— He ahí mi modo de cuidar, de endulzar y tratar con miramiento á mis sucesores, añadió Felipe. Ahora que la conocéis, aplicad vuestra teoría á mi práctica.

Dicho esto, hizo un movimiento desesperado para huir.

El viejo le agarró del brazo exclamando:

— ¡Felipe, Felipe, dime que te chanceabas!

— Llamadlo una chanza si queréis, pero está hecho.

El viejo, elevando los ojos al cielo, dijo entre dientes algunas palabras sin ilación, y dejando á su hijo corrió á su antesala.

— ¡Pronto, pronto! gritó. ¡Un hombre á caballo y que corra á informarse del señor de Charny, que ha sido herido! ¡Que se informe del estado de su salud, y que no se olvide de decirle que va de mi parte.

— ¡Ese traidor Felipe, exclamó, no es el hermano de su hermana! ¡Y yo que le creía corregido! ¡Oh! en mi familia no había más que una cabeza... la mía.

## CAPÍTULO IV.

### EL CUARTETO DE M. DE PROVENZA.

Mientras estos acontecimientos pasaban en París y en Versalles, el rey, tranquilo como de costumbre, desde que sabía que sus escuadras habían quedado victoriosas y el invierno vencido, descansaba en su gabinete en medio de cartas marítimas y mapas mundi, y de pequeños planos mecánicos, ocupándose en trazar nuevos sulcos en los mares á los navíos de La Perouse.

Un golpecito dado á la puerta le sacó de aquellas meditaciones avivadas por una buena colación que acababa de tomar.

En el mismo momento se oyó una voz que dijo:

— ¿Puedo entrar, hermano mío?

— ¡El señor conde de Provenza! ¡Mal haya su visita! refunfuñó el rey dejando sobre la mesa un libro de astronomía cuyas figuras principales estaba contemplando.

— ¡Entrad! le respondió.

Un personaje grueso, de baja estatura, encarnado y de ojos vivos, entró con un paso demasiado respetuoso para un hermano, y demasiado familiar para un súbdito.

— No me esperabais, hermano mío, dijo.

— No, á fe mía.

— ¿Os incomodo?

— No, ¿pero tendríais alguna cosa importante que decirme?

— Un rumor tan singular, tan grotesco...

— ¡ Ah, ah! algún chisme.

— Sí, á fe mía, hermano.

— ¿Que os ha divertido?

— ¡ Oh! sí, por lo extraño.

— Alguna picardía contra mí.

— Si así fuese, Dios sabe que no me reiría.

— Entonces es contra la reina.

— Señor, figuraos que me han dicho seriamente, muy seriamente... ¿ á que no lo adivináis?

— Hermano mío, desde que mi preceptor me ha hecho admirar esa precaución oratoria en Madama de Sévigné, como un modelo en esa clase, ya no la admiro... Así, al hecho.

— Pues bien, hermano mío, dijo el conde de Provenza un poco cortado por este recibimiento brusco, dicen que la reina ha dormido fuera de casa la otra noche, ¡já, já, já!

Y se esforzó en reir.

— Si fuese cierto, muy triste sería, dijo el rey con gravedad.

— Pero no es cierto, ¿no es así, hermano mío?

— No.

— Ya sabéis, el día que mandasteis cerrar la puerta á las once.

— No sé.

— Pues bien; figuraos, hermano mío, que corre un rumor que pretende...

— ¿Qué es eso de rumor? ¿Dónde está ese rumor? ¿quién es?

— He ahí un rasgo profundo, hermano mío, profundísimo. En efecto, ¿qué es el rumor? Pues bien, ese ser impalpable é incomprendible que se llama rumor, pretende que han visto á la reina de bracero con el señor conde de Artois á las doce y media de esa noche.

— ¿ En dónde?

— Dirigiéndose á una casita que tiene el conde de Artois á espaldas de las caballerizas. ¿Acaso V. M. no ha oído hablar de ese lance increíble?

— Sí, lo he oído, preciso era que yo oyese hablar de él.

— ¿Cómo, señor?

— Sí, ¿no habéis hecho nada para que llegase á mis oídos?

— ¿Yo?

— Vos.

— ¡Cómo, señor! ¿qué es lo que hice?

— Un cuarteto, por ejemplo, que se ha publicado en el *Mercurio*.

— ¡Un cuarteto! repitió el conde poniéndose más sonrosado que á su entrada.

— Dicen que sois favorito de las Musas.

— No tanto que...

— Seáis capaz de hacer un cuarteto que termina con este verso:

Elena nada dijo al buen rey Menelao.

- ¡ Yo, señor !
- No lo neguéis, ved el original del cuarteto... escrito de vuestra mano... ¡ Eh ! no soy muy inteligente en poesía, pero en cuanto á letras... ¡ oh ! soy como un experto.
- Señor, una locura arrastra consigo otra.
- Señor de Provenza, os aseguro que no ha habido locura más que de vuestra parte, y me admiro de que un filósofo haya cometido esa locura ; demos esa calificación á vuestro cuarteto.
- Señor, V. M. es cruel conmigo.
- La pena del Tali6n, hermano mío. En vez de componer vuestro cuarteto, habrÍais podido informaros de lo que habÍa hecho la reina, como lo he hecho yo ; y en vez del cuarteto contra ella, y de consiguiente contra mí, habrÍais compuesto algún madrigal para vuestra cuñada. Al cabo, me diréis, ese no es un argumento que inspire ; pero yo prefiero una mala epístola á una buena sátira. Horacio, que es vuestro poeta favorito, opinaba también así.
- Señor, me confundís...
- Aun cuando no hubieseis estado seguro de la inocencia de la reina como yo lo estoy, repitió el rey con firmeza, habrÍais hecho bien en leer vuestro Horacio. ¿ No son de él estas palabras ?... perdonad si estropeo el latín :

Rectius hoc est :  
Hoc faciens vivam melius, sic dulcis amicis  
Occurram.

- « Esto es mejor ; si lo hago seré más honrado ; si lo hago, seré bueno para mis amigos. »
- Vos le traducíais con más elegancia, hermano mío ; pero creo que es este el sentido.

Y el bondadoso rey, después de dar esta lección más bien como padre que como hermano, aguardó á que el culpable principiara á justificarse.

El conde meditó un rato su respuesta, menos como hombre embarazado que como orador que busca frases pomposas.

- Señor, dijo, por severo que sea el fallo de V. M., tengo un medio de justificarme y una esperanza de perdón.
- Decid, hermano mío.
- Vos me acusáis de haberme equivocado, ¿ no es verdad ? y no de haber obrado con mala intención.
- Convenido.
- Si así es, V. M., que sabe que no es hombre el que no yerra, admitirá que si he errado no ha sido sin algún fundamento.
- Jamás acusaré vuestro talento, que es grande y superior, hermano mío.
- Pues bien ; señor, ¿ cómo no habÍa de equivocarme oyendo todo lo que se dice ? Nosotros los príncipes vivimos en la atm6sfera de la calumnia y estamos impregnados de su aire. Yo no digo que he creído, sólo digo lo que me han dicho.
- Sí es así, está muy bien ; pero...

— ¿ El cuarteto ? ¡ Oh ! los poetas son unos seres extravagantes ; y además, ¿ no es mejor responder con una dulce crítica que puede servir de amonestación que con un entrecejo fruncido ? Señor, las advertencias amenazadoras puestas en verso no ofenden ; no es lo mismo respecto de los folletos, contra los cuales tiene uno derecho á pedir á V. M. un severo castigo ; folletos como el que yo mismo vengo á mostraros.

— ¡Un folleto!

— Sí, señor; necesito infaliblemente una orden para encerrar en la Bastilla al miserable autor de este folleto.

El rey se levantó bruscamente.

— ¡Veámoslo! dijo.

— Señor, yo no sé si debo...

— Ciertamente que debéis; en esta ocasión no tenéis que guardar consideración alguna. ¿Tenéis ahí ese folleto?

— Sí, señor.

— Dádmelo.

Y el conde de Provenza sacó de su bolsillo un ejemplar de la historia de *Ateniotna*, ejemplar fatal que el bastón de Charny, la espada de Felipe y el brasero de Cagliostro habían dejado pasar á la circulación.

El rey le pasó la vista con la rapidez de un hombre habituado á leer los pasajes interesantes de un libro ó una gaceta.

— ¡Infamia! exclamó. ¡Es una infamia!

— Ya veis, señor, que pretenden que mi hermana ha estado en la sala de la cubeta de Mesmer.

— ¡Y bien! ¡sí, ha estado!

— ¡Ha estado! exclamó el conde de Provenza.

— Ha estado con mi permiso.

— ¡Oh! señor...

— Y no es su presencia en casa de Mesmer la que me prueba nada contra su prudencia, puesto que yo le había dado permiso para ir á la plaza de Vendome.

— Pero V. M. no había permitido que la reina se acercase á la cubeta para hacer experimentos en su propia persona.

El rey dió una patada en el suelo, pues el conde acababa de pronunciar estas palabras precisamente en el momento

en que los ojos de Luis XVI recorrían el pasaje más insultante para María Antonieta, que era la historia de su pretendida crisis, de sus contorsiones, de su voluptuoso desorden, en fin todo lo que había señalado en casa de Mesmer el pasaje de la señorita Oliva.

— ¡Imposible, imposible! dijo el rey poniéndose pálido. ¡Oh! la policía debe saber todo lo que hay de cierto sobre esto.

Y agitó la campanilla.

— ¡M. de Crosne! dijo. ¡Que vayan á llamar á M. de Crosne!

— Señor, hoy es día de informe semanal, y M. de Crosne está aguardando en la sala del tragaluz.

— Que entre.

— Permittedme, hermano mío, dijo el conde de Provenza con tono hipócrita.

Y trató de retirarse.

— Quedaos, le dijo Luis XVI. Si la reina es culpable... vos sois de la familia y podéis saberlo, y si está inocente debéis saberlo también, vos que habéis concebido sospechas contra ella.

Entró M. de Crosne, y viendo este magistrado al señor de Provenza con el rey, principió por presentar sus respetuosos homenajes á los dos más grandes del reino; luego, dirigiéndose al rey, dijo:

— Señor, el informe está dispuesto.

— Ante todo, dijo Luis XVI, explicadnos cómo se ha publicado en París un folleto tan infame contra la reina.

— ¿*Ateniotna*? dijo M. de Crosne.

— Sí.

— Y bien, señor; lo ha publicado un gacetero llamado Reteau.



— Sí; sabéis su nombre. ¿y no le habéis impedido el publicarlo, ó metido en la cárcel después de publicarlo?

— Señor, nada más fácil que prenderle: y hasta voy á mostrar á V. M. la orden de prisión que traigo extendida en mi cartera.

— Entonces, ¿por qué no está ya preso?

M. de Crosne se volvió del lado del conde de Provenza.

— Permítame V. M. que me retire, dijo éste más lentamente.

— No, no, replicó el rey; ya os he dicho que os quedaseis, y debéis quedaros.

El conde se inclinó.

— Hablad, señor de Crosne; hablad francamente y sin reserva; hablad pronto y claro.

— Pues bien; repuso el subdelegado de policía, no he llevado á la cárcel al folletista Reteau, porque antes de dar ese paso me era absolutamente indispensable tener una explicación con V. M.

— Yo la deseo.

— Quizás vale más, señor, dar á ese gacetero un talego de dinero y enviarlo á que lo ahorquen en otra parte, muy lejos.

— ¿Por qué?

— Porque, señor, cuando esos miserables dicen una calumnia, el público á quien se prueba esto, los ve muy gustoso azotarlos, cortarles las orejas, y hasta ahorcarlos; pero cuando, por desgracia, ponen la mano sobre una verdad...

— ¿Sobre una verdad?

M. de Crosne se inclinó.

— Sí, ya sé. La reina ha estado en efecto á ver la cubeta

de Mesmer; es una desgracia que haya estado, como decís; pero se lo había permitido yo.

— ¡Oh, señor!... murmuró M. de Crosne.

Esta exclamación del súbdito respetuoso hizo en el rey más impresión aun de la que había hecho saliendo de la boca del pariente celoso.

— Supongo que la reina no se ha perdido por eso, dijo.

— No, señor, pero se ha comprometido.

— ¿Y qué os dice vuestra policía, señor de Crosne? Veamos.

— Señor, muchas cosas que, salvo el respeto que debo á V. M., y salvo la adoración muy respetuosa que profeso á la reina, están acordes con algunas aserciones del folleto.

— ¿Acordes, decís?

— He aquí cómo: una reina de Francia que va en un traje de mujer ordinaria en medio de esa sociedad equívoca atraída por esas extravagancias magnéticas de Mesmer, y que va sola.

— ¡Sola! exclamó el rey.

— Sí, señor.

— Os equivocáis, señor de Crosne.

— Señor, me parece que no.

— Os han informado mal.

— Mis informes son tan exactos, señor, que puedo daros los pormenores del traje de S. M., el conjunto de su persona, sus pasos, sus gestos, sus gritos.

— ¡Sus gritos!

El rey palideció y estregó en sus manos el folleto.

— Hasta sus suspiros han sido notados por mis agentes, añadió con timidez M. de Crosne.

— ¡Sus suspiros! ¡Se habría abandonado la reina hasta

ese punto !... ¡ Habría la reina comprometido de ese modo mi honor de rey y su honor de mujer !

— Es imposible, dijo el conde de Provenza ; eso sería más que escandaloso, y S. M. es incapaz...

Esta frase era un cargo más bien que una disculpa. Así lo conoció el rey, llenándose de indignación.

— Señor, dijo al subdelegado de policía, ¿ sostenéis lo que habéis dicho ?

— ¡ Ay ! hasta la última palabra, señor.

— Os debo á vos, hermano mío, una prueba de lo que he asegurado, dijo Luis limpiándose con su pañuelo el sudor que bañaba su frente. El honor de la reina es el de toda mi casa, y jamás lo expongo. He permitido á la reina que fuese á ver la cubeta de Mesmer ; pero previniéndole que llevase consigo una persona de entera confianza, intachable hasta santa.

— ¡ Ah ! dijo M. de Crosne, si hubiese sido así...

— Sí, añadió el conde de Provenza ; si una señora como madama de Lamballe, por ejemplo...

— Precisamente, hermano mío, la que yo designé á la reina fué la princesa de Lamballe.

— Por desgracia, señor, no se ha llevado á la princesa.

— ¡ Pues bien ! añadió el rey estremeciéndose : si ha llegado hasta ese punto la desobediencia, ¡ debo ser severo y lo seré !

Un enorme suspiro le cerró los labios después de haberle rasgado el corazón.

— Sólo que, dijo con voz más baja, me queda una duda ; es natural que vosotros no participéis de esta duda, porque no sois el rey, el esposo, el amigo de aquella á quien se acusa... esta duda quiero aclararla.

Tocó la campanilla, y se presentó el oficial de servicio.

— Que vean, dijo el rey, si la señora princesa de Lamballe está en el cuarto de la reina ó en el suyo propio.

— Señor, madama de Lamballe se está paseando en el jardinito con S. M. y con otra señora.

— Decid á la señora princesa que tenga á bien subir aquí ahora mismo.

El oficial salió.

— Ahora, señores, aguardad aun diez minutos ; pues hasta entonces no puedo tomar una resolución.

Y Luis XVI, contra su costumbre, frunció el entrecejo y lanzó una mirada casi amenazadora á los dos testigos de su profundo dolor.

Los dos testigos guardaron silencio. M. de Crosne tenia una tristeza verdadera, el conde de Provenza una afectación de tristeza que se habría comunicado al dios Momo en persona.

Un ligero frote de seda detrás de las puertas advirtió al rey que se acercaba la princesa de Lamballe.

## CAPÍTULO V.

## LA PRINCESA DE LAMBALLE.

Entró la princesa de Lamballe hermosa y serena, con la frente descubierta, los bucles esparcidos de su alto tocado separados orgullosamente de las sienes, con sus cejas negras y finas, con sus ojos azules, límpidos, rasgados y llenos de nácar, su nariz recta y pura, sus labios castos á la par que voluptuosos. Ese rostro hermoso en un cuerpo de una elegancia sin rival, encantaba é imponía.

La princesa llevaba consigo y esparcía en torno suyo ese perfume de virtud, de gracia é inmaterialidad que la Valliere esparcía antes de su favor y después de su desgracia.

Al verla el rey llegar risueña y modesta, se sintió penetrado de dolor.

— ¡Ay! pensó. Lo que salga de esa boca será una condenación sin apelación.

— Sentaos, dijo á la princesa saludándola afectuosamente.

El conde de Provenza se acercó á ella para besarle la mano.

El rey se puso pensativo.

— ¿Qué desea de mí V. M.? dijo la princesa con voz angelical.

— Un informe, señora, un informe exacto, prima mía.

— Aguardo vuestras órdenes, señor.

— ¿Qué día habéis ido á París en compañía de la reina? Reflexionad bien.

M. de Crosne y el conde de Provenza se miraron con sorpresa.

— Ya comprenderéis, señores... dijo el rey. Vosotros no dudáis, pero yo dudo aun, y por consiguiente interrogo como un hombre que duda.

— El miércoles, señor, respondió la princesa.

— Perdonad, prima mía, prosiguió Luis XVI, deseo saber la verdad.

— La sabréis preguntándome, señor, dijo sencillamente madama de Lamballe.

— ¿Qué fuisteis á hacer á París, prima mía?

— Fui á casa de M. Mesmer, plaza de Vendome, señor.

Los dos testigos se estremecieron, el rey se sonrosó de emoción:

— ¿Sola? dijo.

— No, con S. M. la reina.

— ¿Con la reina? ¿decís que fuisteis con la reina? exclamó Luis XVI tomándole las manos apasionadamente.

— Sí, señor.

El conde de Provenza y M. de Crosne se acercaron atónitos.

— V. M. había autorizado á la reina, prosiguió madama de Lamballe; á lo menos así me lo ha dicho S. M.

— Y S. M. tenía razón, prima mía... Ahora me parece que respiro, porque madama de Lamballe no miente nunca.

— Nunca, señor, dijo con dulzura la princesa.

— ¡Oh, nunca! exclamó M. de Crosne con la más profunda convicción. Pero entonces, señor, permitidme...

— ¡Oh! sí, os permito, señor de Crosne; interrogad, examinad, pues pongo á mi querida princesa en el banco de los acusados, y os la dejo á vuestra disposición.

Madama de Lamballe se sonrió y dijo:

— Estoy pronta, señor; pero tened en cuenta que está abolida la tortura.

— Sí, yo la he abolido para los demás, pero no la han abolido para mí, repuso el rey con una sonrisa.

— Madama, dijo el subdelegado de policía, tened la bondad de decir al rey lo que hicisteis con S. M. en casa de M. Mesmer, ¿cómo estaba vestida S. M.?

— S. M. llevaba un vestido de tafetán color de perla obscuro, un mantón de muselina bordada, un manguito de armiño, un sombrero de terciopelo color de rosa con grandes cintas negras.

Estas señas eran diametralmente opuestas á las dadas respecto de Oliva.

M. de Crosne manifestó una viva sorpresa, y el conde de Provenza se mordió los labios.

El rey se frotó las manos diciendo:

— ¿Y qué hizo la reina al entrar?

— Señor, tenéis razón en decir al entrar, porque apenas habíamos entrado...

— ¿Juntas?

— Sí, señor, juntas; apenas habíamos entrado en el primer salón, donde nadie había podido notarnos á causa de la mucha atención con que todos observaban los misterios magnéticos, cuando se acercó á S. M. una mujer y le ofreció una careta suplicándola no pasase más adelante.

— ¿Y os detuvisteis? preguntó vivamente el conde de Provenza.

— Sí, señor.

— ¿Y no pasasteis del umbral del primer salón? preguntó M. de Crosne.

— No, señor.

— ¿Y vos no habéis dejado el brazo de la reina? preguntó el rey con un resto de ansiedad.

— Ni un segundo; el brazo de S. M. no cesó un momento de apoyarse en el mío.

— ¡Y bien! exclamó de súbito el rey, ¿qué os parece, M. de Crosne? ¿y qué decís vos, hermano mío?

— Es extraordinario, es sobrenatural, dijo el conde de Provenza afectando una jovialidad que, mejor que la duda, descubría todo su despecho de aquella contradicción.

— No hay nada sobrenatural en todo eso, se apresuró á decir M. de Crosne, á quien la alegría muy natural del rey inspiraba una especie de remordimiento; lo que dice la señora princesa no puede menos de ser la pura verdad.

— Resulta de eso... dijo el conde de Provenza.

— Resulta, monseñor, que mis agentes se han equivocado.

— ¿Lo decís seriamente? preguntó el conde de Provenza con el mismo estremecimiento nervioso.

— Muy seriamente, monseñor; mis agentes se han equivocado; S. M. la reina ha hecho lo que acaba de decir madama de Lamballe, y nada más. En cuanto al folletista, si yo estoy convencido por las palabras eminentemente verdaderas de la señora princesa, creo que ese tunante debe estarlo también, y voy á enviar la orden para que lo encierren inmediatamente en la cárcel.

Madama de Lamballe volvía á todos lados la cabeza con el agrado de la inocencia que se informa sin más curiosidad que temor.

— ¡Un momento! dijo el rey. ¡Un momento! pues siempre será tiempo de ahòrcar al folletista. Habéis hablado de una mujer que ha detenido á la reina á la entrada del salón. Princesa, decidnos ¿quién era esa mujer?

— Parece que S. M. la conoce, señor; y hasta diré, porque yo nunca miento, que sé que S. M. la conoce.

— Es que, ya veis, prima, es preciso, indispensable, que yo hable á esa mujer; con eso se aclarará toda la verdad, puesto que es la clave del misterio.

— Esa es mi opinión, dijo M. de Crosne, hacia quien se había vuelto el rey.

— ¡Bah! Aquí hay compadrazgo... murmuró el conde de Provenza. Aquí tenemos una mujer que me hace el efecto del dios de los desenlaces.

— Prima mía, dijo en voz muy baja, ¿os ha confesado la reina que conocía á esa mujer?

— S. M. no me ha confesado nada, monseñor, no ha hecho más que referir.

— Sí, sí, perdonad.

— Mi hermano quiere decir, interrumpió el rey, que si la reina conoce á esa mujer, vos debéis saber su nombre.

— Se llama madama de la Motte Valois.

— ¡Esa intriganta! exclamó el rey con despecho.

— ¡Esa pordiosera! dijo el conde. ¡Diablo, diablo! Esa sería difícil de interrogar, porque es muy astuta.

— Nosotros lo seremos tanto como ella, dijo M. de Crosne. Y por otra parte, después de la declaración de madama de Lamballe, no hay astucia que valga. Así, á la primera palabra del rey...

— ¡No, no! dijo Luis XVI con desaliento. Estoy cansado de ver esa mala sociedad cerca de la reina. La reina es tan buena, que so pretexto de miseria se le acerca todo lo que hay de personas equívocas en la nobleza ínfima del reino.

— Madama de La Motte es realmente Valois, dijo madama de Lamballe.

— Sea lo que quiera, prima mía; pero no quiero que ponga aquí los pies. Prefiero privarme de la inmensa alegría que me hubiera causado la entera absolución de la reina. Sí, prefiero renunciar á ese placer antes que ver frente á mí esa criatura.

— ¡Y á pesar de eso la veréis! exclamó la reina, pálida de cólera, abriendo la mampara del gabinete y mostrándose bella de nobleza y de indignación á los ojos del conde de Provenza, el cual saludó con visible turbación desde detrás de la mampara que le dejó medio oculto al abrirse.

— Sí, señor, prosiguió la reina, ya no se trata de decir: Prefiero ó temo ver á esa criatura. Esa mujeres un testigo á quien la inteligencia de mis acusadores...

Y miró á su cuñado.

— Y la franqueza de mis jueces...

Y se volvió hacia el rey y M. de Crosne.

— Á quien en fin su propia conciencia, por desnaturalizada que sea, arrancará un grito de verdad. Yo la acusada pido que se oiga á ese testigo, y se le oirá.

— Señora, se apresuró á decir el rey, ya conoceréis que no se debe enviar á buscar á madama de La Motte para hacerle el honor de deponer en favor ó contra vos. Yo no pongo vuestro honor en una balanza, en paralelo con la veracidad de esa mujer.

— No se enviará á buscar á madama de La Motte, señor, porque se halla aquí.

— ¡Aquí! exclamó el rey volviéndose como si hubiera pisado un reptil. ¡Aquí!

— Señor, como sabéis, había ido á visitar á una mujer desgraciada que lleva un nombre ilustre. Ya sabéis, ese día en que se han dicho tantas cosas...

Y miró fijamente por encima del hombro al conde de Provenza, el cual habría querido estar cien estadios bajo tierra, pero cuyo rostro expansivo se esforzaba en mostrar cierta expresión de aquiescencia.

— Proseguid, repuso Luis XVI.

— Y bien; señor, ese día dejé olvidada en casa de madama de La Motte una caja con un retrato, y hoy viene á traérmelo; de consiguiente está ahí.

— ¡No, no! Estoy convencido, dijo el rey; prefiero eso.

— ¡Oh! pero yo no estoy satisfecha, repuso la reina, y voy á introducirla. Además, ¿de dónde nace esa repugnancia? ¿Qué ha hecho ella? ¿quién es? Decídmelo, porque yo no lo sé. Vamos, señor de Crosne, vos que lo sabéis todo.

— Yo no sé nada que sea desfavorable á esa señora, respondió el magistrado.

— ¿Verdaderamente?

— De seguro. Es pobre, y nada más; y tal vez un poco ambiciosa.

— La ambición es la voz de su alcurnia, y si no sabéis nada más contra ella, bien puede el rey admitirla á dar su testimonio.

— Yo no sé por qué, replicó Luis XVI, pero tengo ciertos presentimientos, ciertos instintos... ¡siento que esa mujer me ha de atraer alguna desgracia... en mi vida... y esto basta!

— ¡Oh, señor, esa es una superstición! Corred á buscarla, dijo la reina á la princesa de Lamballe.

Al cabo de cinco minutos penetraba en el gabinete del rey Juana con semblante muy modesto y ruboroso, pero mostrando mucha distinción en su actitud y en su traje.

Luis XVI, inexpugnable en su antipatía, había vuelto la espalda á la puerta, y apoyando los codos en el bufete y la cabeza en las manos, parecía una persona extraña en medio de los circunstantes.

El conde de Provenza lanzaba á Juana unas miradas tan incómodas por su inquisición, que si la modestia de Juana hubiese sido real, esta mujer habría quedado paralizada y sin poder pronunciar una sola palabra.

Pero para turbar el cerebro de Juana se necesitaba más que eso. Sobre aquel espíritu de hierro no habrían podido influir, ni rey, ni emperador con sus cetros, ni Papa con su tiara, ni potencias celestes, ni potencias de las tinieblas con el temor ó la veneración.

— Señora, le dijo la reina conduciéndola tras de sí, os ruego tengáis á bien decir lo que hicisteis la noche de mi visita en casa de M. Mesmer, y decidlo todo sin omitir absolutamente nada.

Juana guardó silencio.

— No os andéis en reticencias y consideraciones. Decid la verdad pura, todo vuestro pensamiento tal cual lo recordáis.

Y la reina se sentó en un sillón para que su mirada no ejerciese la menor influencia en la testigo.

¡Qué papel para Juana! Para ella, cuya perspicacia había adivinado la necesitaban; para ella que conocía que se habían concebido infundadas sospechas contra María An-

tonieta y que se la podía justificar sin faltar en nada á la verdad!

Cualquiera otra habría cedido, teniendo esta convicción, al placer de justificar á la reina exagerando las pruebas de su inocencia.

Juana era de un carácter independiente, tan astuto y tan fuerte, que se limitó á la mera exposición de lo ocurrido.

— Señor, dijo, había yo ido á casa de M. Mesmer por curiosidad, como va todo París. El espectáculo me pareció grosero, y ya me retiraba cuando de súbito percibí en el umbral de la puerta de entrada á S. M., á quien había tenido el honor de ver la antevíspera sin conocerla. Al ver sus facciones augustas, que jamás se borrarán de mi memoria, me pareció que la presencia de S. M. no estaba quizás bien en aquel lugar, donde se ostentaba el espectáculo de muchos males y curas ridículas. Pido humildemente perdón á S. M. de haber osado pensar tan libremente acerca de su conducta, pero ese pensamiento fué en mí un relámpago, un instinto de mujer; y pido perdón de rodillas si he traspasado la línea de respeto que debo á los menores movimientos de S. M.

Al llegar aquí se paró, fingiendo emoción, bajando la cabeza, y llegando casi, por un artificio inaudito, á la sofocación precursora de las lágrimas.

El señor de Crosne cayó en el lazo, y madama de Lamballe se sintió arrastrada hacia el corazón de aquella mujer que parecía ser al mismo tiempo delicada, tímida, despejada y bondadosa.

El conde de Provenza quedó aturdido.

La reina dió gracias con una mirada á Juana, que con sus ojos la solicitaba, ó más bien la acechaba taimadamente.

— Pues bien, dijo la reina. ¿Habéis oído, señor?

El rey no se movió.

— No tenía necesidad del testimonio de esta señora, dijo.

— Me han mandado que hablase, y he debido obedecer, objetó Juana con timidez.

— ¡Basta! dijo Luis XVI con sequedad. Cuando la reina dice una cosa, no tiene necesidad de testigos para comprobar su dicho. Cuando la reina tiene mi aprobación, no tiene nada que buscar cerca de ninguno; y la reina tiene mi aprobación.

Y se levantó al terminar estas palabras, que dejaron anonadado al conde de Provenza.

La reina no se descuidó en añadirles una sonrisa desdenosa.

El rey volvió la espalda á su hermano, y fué á besar la mano á María Antonieta y á la princesa de Lamballe.

Luego despidió á esta última, pidiéndole perdón de haberla incomodado *para nada*.

No dirigió una palabra ni una mirada á madama de La Motte; pero, como tenía que pasar por delante de ella para llegar á su sillón, y temía ofender á la reina faltando en su presencia á la urbanidad con una mujer á quien ella recibía, se esforzó para hacer á Juana un pequeño saludo, al que ésta respondió sin precipitación con una profunda reverencia capaz de realzar todas sus gracias.

Madama de Lamballe salió del gabinete la primera, luego madama de La Motte, á quien la reina empujaba delante de sí, y por último la reina, la cual cambió con el rey una mirada cariñosa.

Y en seguida se oyeron en el corredor las tres voces femeninas que se alejaban cuchicheando.

— Hermano mío, dijo entonces Luis XVI al conde de Provenza, ya no os retengo. Tengo que despachar con el subdelegado de policía el trabajo de la semana, y os doy gracias por haber acordado vuestra atención á esta plena, completa y brillante justificación de vuestra hermana. Fácilmente se echa de ver que os regocijáis de ella tanto como yo, que no es poco decir. Ahora, vamos á nuestros asuntos, señor de Crosne: os ruego que toméis asiento.

El conde de Provenza saludó, sonriendo siempre, y salió del gabinete cuando no oyó las voces de las señoras y se creyó fuera del alcance de una mirada maliciosa ó de un dicho amargo.

## CAPÍTULO VI.

EN EL CUARTO DE LA REINA.

La reina, así que salió del gabinete de Luis XVI, sondeó la profundidad del peligro que había corrido, y supo apreciar la delicadeza y la reserva de Juana en su deposición improvisada, así como el tacto verdaderamente notable con que, después de aquel triunfo, permanecía en la obscuridad sin tratar de sacar ninguna ventaja.

En efecto, Juana, que por una dicha inaudita acababa de ser iniciada del primer golpe en esos secretos íntimos que los más diestros cortesanos andan diez años cazando sin alcanzarlos, y segura en lo sucesivo de haber tenido una gran parte en aquel día importante para la reina, no manifestaba la menor vanidad con alguna de esas pequeñeces que la orgullosa susceptibilidad de los grandes sabe adivinar en el semblante de sus inferiores.

Así la reina, en vez de aceptar la proposición que le hizo Juana de presentarle sus respetos y retirarse, la detuvo con una sonrisa amable, diciéndole: